

# Esculpir sobre celuloide

STERNBERG / DIETRICH



Fritz Lang tan solo trabajó una vez con Marlene Dietrich, en el western claustrofóbico *Encubridora* (1952). El director vienés recordaba la dificultad de trabajar con una Dietrich que a cada toma señalaba que Josef Von Sternberg la hubiese rodado así o así. A principios de los cincuenta, todavía resonaban en la actriz los métodos de un cineasta con el que dejó de colaborar a mediados de los treinta. Dietrich y Von Sternberg habían rodado siete películas en cinco años: la primera, *El ángel azul* (1930), en Alemania, y las otras seis, en Estados Unidos y en el marco de la Paramount.

En todas ellas, la exageración de las formas encontraría su correspondencia en el extremismo de los estereotipos: en *El ángel azul*, un eminente profesor termina convertido en payaso tras conocer a la bailarina interpretada por Dietrich; y, en *El diablo es una mujer* (1935), vuelve locos a Pascualito y Paquitito y es descrita como “la mujer más peligrosa que jamás conocerás”. Sin embargo, como dictan los códigos de la *femme fatale*, su poder de seducción viene con un peaje: con el sacrificio o con el sometimiento, como en *El diablo es una mujer*, en la que la cámara se posa sobre las persianas de una ventana mientras en el exterior llueve y dentro, en fuera de campo, un hombre la reprende violentamente.

Con Von Sternberg, Dietrich casi siempre habitó lugares exóticos. El exceso traspasa cada uno de los poros de estas películas: desde los decorados con sombras y líneas abstractas al gusto exacerbado por los encadenados

sostenidos. La puesta en escena barroca del cineasta culminaría en la secuencia de la boda de *Capricho imperial*, donde las velas, las túnicas y la ostentosa arquitectura religiosa se aglomeran dentro del encuadre. Incluso el rostro de Dietrich aparece rugoso, oculto tras un velo.

La fotogenia del rostro de Dietrich atraviesa este ciclo de películas de Von Sternberg, que la defendió contra viento y marea (y contra Emil Jannings) para que interpretase a Lola-Lola en *El ángel azul*. El director la había visto en una obra teatral cuando le ofreció hacer una prueba de cámara de la que se conservan algunas imágenes. En ellas, se ve a Dietrich cantar primero ingenua y juguetona, y luego colérica y dura. Esta dualidad se trasladó a las películas; también, la insistencia en lo performativo, que alcanzaría su máximo esplendor en dos escenas de transformismo: la de *La Venus rubia* (1932) y la de *Marruecos* (1930), cuando, vestida con traje, pajarita y sombrero besa primero a una mujer y termina regalándole una flor a un hombre. Aunque el espectáculo pueda ser concebido para el placer voyeurístico masculino, la ambigüedad sexual de Dietrich lo trasciende todo.

De las ocho películas que Dietrich filmó a principios de los treinta, siete fueron junto a Von Sternberg. La única que rodó con otro director fue *El cantar de los cantares* (1933), de Rouben Mamoulian, en la que la actriz se convertía en musa de un escultor. Mamoulian la fijó en el yeso; sin embargo, fue Von Sternberg quien mejor supo inmortalizar su rostro sobre el celuloide. ●

Violeta Kovacsics

Crítica cinematográfica y docente